

IV
REVISTA DE LIBROS

Misión y Civilización en América

Pedro BORGES MORÁN

El presente libro es el resultado de una cuidada labor en la que necesariamente hay que contar con antecedentes. Una vista atrás a las publicaciones de Pedro Borges y descubriremos una variada colección de libros dedicados a la evangelización americana en sus más diversos matices.

Sin ser una obra pretenciosa demuestra un cómodo sentido de síntesis que agiliza su lectura, la cual se hace agradable gracias al claro lenguaje y a una afortunada ausencia de erudiciones, siempre indeseadas en cualquier libro de estudio, porque éste es un libro de estudio sin que por ello deje de ser un tema de lectura al alcance de cualquiera. De él pueden beneficiarse el estudiante universitario, el padre de familia, el ama de casa y por qué no, el estudiante de bachillerato que así comprenderá la labor de España en América en toda su dimensión, con un nuevo concepto de la Historia: un trasvase de cultura en medio de un choque de mentalidades, los esfuerzos que se hicieron para suavizar este choque, casi siempre acompañados del éxito. Porque este es un libro que habla de mentalidades y las inserta en este nuevo método de escribir la Historia. ¿Nuevo? ¡Si en las crónicas de los misioneros a las que el autor hace mención nos hablan de las mentalidades como factor clave en el desarrollo de los hechos! Lo que sucede es que hoy día no se tiene mucho en cuenta este tipo de análisis sencillamente porque nunca se le prestó la debida atención. Tampoco se le ha hecho mucho caso a la auténtica labor de España en América, pues voces bien aleccionadas dentro y fuera de nuestras fronteras cacarean a los cuatro vientos cosas y chismes acerca de leyendas negras que todos más o menos conocemos.

Pero ellos no tienen en sus manos una labor bien llevada como la de Pedro Borges, con esas reseñas de crónicas de misioneros y frailes (los cuales no tenían pelos en la lengua) que para conocerlas hay que investigar mucho en los archivos. Es por ello por lo que este libro es también un

anecdótico de situaciones y hechos curiosos que adornan el conjunto de la obra y le quitan monotonía. Vemos, pues, que hay variedad sin que haya que salirse del tema, además están en él presentes todos los aspectos de la labor misionera, que fueron muchos y abarcaron temas tan dispares como lo puedan ser la catequización y la organización económica, la alfabetización y la agricultura, y así hasta un largo etcétera.

José Manuel ENCINAS PLAZA

La Presidencia de Harry S. Truman

Donald R. McCoy
Madrid, San Martín, 1987.

El autor de este libro es el profesor de la Universidad de Kansas Donald R. McCoy, especializado en temas de política estadounidense entre los años veinte y sesenta de nuestra era. Posee otros títulos relacionados con la administración Truman, pero sea este probablemente el que abarque un espectro más amplio, jugando con dos aspectos: el Truman presidente y el Truman hombre.

Nos ofrece una visión diferente de lo que es un presidente de los Estados Unidos, bajándolo de su pedestal cuando es necesario. El libro sin embargo no es totalmente desmitificador. Pone los puntos sobre las íes en las cuestiones de mayor importancia como principalmente en el rol del Truman presidente y su amplia reforma que quiso ser heredera en todo momento del New Deal rooseveltiano; o también, en el papel desempeñado en el agravamiento de las relaciones con la Unión Soviética que desembocaron en la guerra fría.

Y cuando más se necesita, el autor sabe incluir comentarios de amigos y conocidos, colaboradores del presidente, que nos muestran un rasgo de su personalidad que nos ayuda a comprender en gran medida el por qué de muchas de las decisiones de su administración.

Podemos afirmar que este libro es realmente objetivo, no toma el autor partido a la hora de hacer sus comentarios, en este aspecto se une al estilo periodístico de muchos historiadores americanos, ofrece opiniones diferentes y deja al lector facilidad para tomar partido propio.

La visión que McCoy nos presenta del presidente es la de un hombre duro, a veces parcial y nacionalista hasta la médula. Muchos de sus errores políticos se debieron a la mala asesoración más que a su propia mano, a su precipitación otras veces para decidirse.

Consiguió hacer despegar a los Estados Unidos y ofrecerlos como el modelo universal; preservó la paz aunque a costa del sueño wilsoniano.

Económicamente introdujo a los Estados Unidos en el gran comercio mundial, elevando la vida media de los ciudadanos y en un mejor aprovechamiento de los recursos naturales.

Por medio de los planes como el Plan Marshall y el programa Punto IV contribuye a la estabilización social en su país y en otros muchos.

Su mayor éxito está en la política exterior y militar, aunque al mismo tiempo el peor legado de Truman fue la guerra fría, sin quitar culpa a Stalin por supuesto. A pesar de abogar insistentemente por los derechos civiles y humanos, el programa sobre lealtad-seguridad alimentó a grupos extremistas y al apoyo de regímenes opresivos en el exterior. Y en todo el barullo de mejorar el aspecto de las corrupciones, se colaron muchas ineptitudes por parte de miembros de su Administración.

La idea prioritaria de Truman era la de crear un Gobierno grande, el mayor y más poderoso del mundo, eso debía pasar según su proyecto por el fortalecimiento de la Presidencia como órgano administrativo. Su idea era heredera de Roosevelt y al mismo tiempo se presentaba como una necesidad, pues el Gobierno estadounidense se había convertido en algo enorme que era preciso ordenar. Truman creó para ello una gran pirámide de poder institucionalizada. La presidencia se hizo más fuerte y así su efectividad basada en gran medida por una serie de asesores elegidos a conciencia. Este ideal no le restó que se equivocara como cualquier ser humano, sólo que las equivocaciones del ser más poderoso del planeta tienen consecuencias bien diferentes.

Fue largamente odiado por muchas de sus decisiones. No le importó demasiado si como él decía ese odio contribuía a la mejora del país.

La opinión pública estuvo con él desde el principio, pero fue decayendo a medida que avanzaban sus reformas, así en 1952 las encuestas Gallup de popularidad señalaban su punto más bajo del 23 por 100.

Pero Truman el hombre reconoce que es imposible contentar a todos, por tanto se limita a satisfacer a una mayoría, y como dijo en una entrevista: «...la minoría que se vaya al diablo.»

Puede pensarse que Truman era una persona muy mal hablada, y en efecto lo era. No le importó jamás ser directo e indiscreto aún a costa de ser poco diplomático, esto se acentuó en el último año de mandato; cuando las encuestas le señalaban definitivamente como perdedor en las elecciones presidenciales, y nada tenía que perder, aprovechó la ocasión para decir aquello que no pudo decir cuando era presidente, y apenas dejó títere sin cabeza tanto entre republicanos como entre demócratas.

Pasemos a hacer una valoración histórica del período Truman, basándonos en los datos aportados por McCoy.

La Administración Truman junto con la de Roosevelt pueden considerarse los puntos de inflexión más recientes de la historia americana, considerando como tales aquellos de mayor triunfo del gobierno federal y de Washington, de la presidencia y el poder ejecutivo. Truman aparece

en el momento en que los americanos pedían a su nación ser la garante mundial. Al llegar a la presidencia en abril de 1945 asume como suya la custodia del sueño de Wilson, los Estados Unidos ases del Derecho Internacional. La mejor forma de conseguir las reformas preconizadas en su ideal, era fortalecer el aparato presidencial, en este aspecto puede entenderse que Truman fue el madurador del sistema de Estado norteamericano, que había quedado desfasado tras la segunda contienda. A pesar de sus previsiones, no obtuvo todo el poder deseado y a cambio practicó una política de intereses para acallar las críticas de los sectores más reaccionarios de la sociedad.

Sus objetivos eran: orden interno y seguridad económica, paz mundial y universalización de la libertad y la democracia. Si los dos primeros fueron un éxito, los otros dos representaron el garbanzo negro en todos sus años de mandato.

Parte de su labor era una continuación del New Deal rooseveltiano. En el orden interno amplió la seguridad social, realizó una reforma (conservadora) en política laboral, regularizó la economía y practicó una política de viviendas públicas. Tan sólo no pudo obtener la aprobación de su plan sobre derechos civiles, asistencia sanitaria y de ayuda a las enseñanzas. Estimuló la economía para aumentar el poder adquisitivo y al mismo tiempo asegurarse los ingresos federales necesarios a su política.

Amplía el personal presidencial y los organismos asesores como la creación de: Oficina de Presupuestos, Consejo Asesor Económico, Consejo Nacional de Seguridad, Comisión Hoover, Comité Presidencial de Derechos Civiles. Tras el término del New Deal, Truman abogaba por un Fair Deal, en que sobre las buenas soluciones primaban los cambios nacionales. Este puede ser un punto de crítica a su política, su afán reformador sin pararse a pensar qué de lo anterior estaba bien dejar intacto.

Ante la inutilidad real de la O.N.U. y el avance del comunismo y el distanciamiento Este-Oeste, los Estados Unidos con gran apoyo popular, ante el miedo a un nuevo conflicto mundial, y precipitadamente, sin pararse ante la posibilidad de pactos con los rusos, se inicia en 1947 la Doctrina Truman de ayudas al extranjero frente al comunismo. Así las ayudas a Grecia o Turquía, la creación del Consejo Nacional de Seguridad, de la CIA, el programa de Seguridad-Lealtad, la caza de brujas del senador McCarthy, la Guerra Fría en definitiva. No hay que olvidar la creación del Pacto del Atlántico Norte en 1949 y de las ayudas a Corea en 1950. La lucha anticomunista no fue debatida en el seno de la sociedad norteamericana, dado el terror psicológico de carácter neurótico que siempre ha caracterizado a la sociedad estadounidense frente a una posible agresión exterior. Las críticas a esta política se centraban en cuánto dinero deberían desembolsar los americanos para frenar el avance comunista en el planeta, o si al menos serviría de algo.

Libro de sencilla lectura, ameno, nada pesado a pesar de la enormi-

dad de datos expuestos, por su carácter autobiográfico con un estilo periodístico, como ya mencionamos. Es una obra ejemplar por su capacidad de síntesis de un período tan intenso de la historia política de los Estados Unidos, por la capacidad del autor de presentar diferentes planteamientos y opiniones de las que el lector puede escoger las que más le convengan, de ser objetivo por tanto, y para terminar porque apenas deja ningún cabo suelto, trata todos los temas, que en conjunto ofrecen una lectura interesante e instructiva.

César IBÁÑEZ CHIARCOS

Historia y futuro de la ciudad iberoamericana

Francisco SOLANO (coordinador)

Universidad Internacional Menéndez Pelayo. 1986. 183 páginas

La obra *Historia y futuro de la ciudad iberoamericana* recoge los trabajos presentados por una serie de investigadores en un curso impartido en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo durante el otoño de 1984.

Profesores y catedráticos de Historia de la Arquitectura, de Historia del Arte y de Historia de América, así como arquitectos y expertos en urbanismo, se reúnen aquí para tratar un problema que ha preocupado mucho durante los últimos años: el del deterioro de los centros urbanos iberoamericanos, así como las perspectivas de la ciudad en un futuro más o menos próximo.

Los enfoques son muy diversos, pues atienden a las preocupaciones concretas de cada uno de los investigadores, en función de las diferentes disciplinas que abarcan. Sin embargo, todos ellos atienden a una serie de propósitos que el director del seminario «Historia y futuro de la ciudad iberoamericana», Francisco de Solano, resume en la introducción al libro:

- lograr un acercamiento al fenómeno urbano hispanoamericano y a sus raíces ibéricas;
- tener un mayor conocimiento de los problemas actuales de la América española, sobre todo en lo que se refiere a las ciudades;
- poner una especial atención por los centros históricos, tan amenazados en su supervivencia.

En última instancia se recoge el problema de la conservación urbana en las ciudades iberoamericanas, en función de la degradación sufrida, sobre todo en la época contemporánea.

El interés del libro radica principalmente en este punto; se trata de un tema de gran actualidad no sólo a nivel continental, sino mundial, pues el problema del deterioro urbano afecta en mayor o menor medida a to-

das las ciudades del mundo. Por otro lado, la necesidad de tomar con prontitud una serie de medidas para garantizar el futuro de las ciudades, hace que el libro no se presente sólo como un análisis histórico del pasado, sino que tiene una gran proyección hacia el futuro: ello da lugar a una obra que puede suscitar polémica y críticas desde diversos sectores, lo cual hace incrementar su interés.

En función de esto, el libro se puede dividir en dos partes: por un lado, los cuatro primeros artículos se refieren a las características de las ciudades durante el período colonial, el de independencia y el siglo XIX.

Por otro lado, los cinco últimos artículos analizan las transformaciones operadas en las ciudades iberoamericanas durante la presente centuria, así como sus consecuencias; se presta atención a los problemas fundamentales de las ciudades hoy en día y a las posibles soluciones que tienen.

La diferenciación de estas dos partes (que no aparece explícita en el libro) no quiere decir que la una se pueda entender sin la otra. Por el contrario, los nueve artículos forman un conjunto coherente que analiza los problemas fundamentales desde diferentes ópticas y partiendo desde la época colonial, que es donde las ciudades van a adquirir un carácter propio que va a determinar su posterior evolución. Con ello quiero decir que, aún a pesar de la importancia del estudio del presente cara al futuro, Solano no ha olvidado un elemento tan importante como el pasado de las ciudades. Es el clásico «conocer del pasado para comprender el presente y vislumbrar el futuro».

Veamos ahora cuáles son los principales planteamientos en los diferentes artículos.

Francisco Solano, en «La ciudad iberoamericana: fundación, tipología y funciones durante el tiempo colonial», analiza el proceso de urbanización en Iberoamérica desde la llegada de los españoles; se centra fundamentalmente en las formas de fundación, en los tipos de ciudades y en las funciones que desempeñan durante la época colonial. Con ello, está marcando los rasgos diferenciadores entre unas ciudades y otras, que repercutirán sobre su posterior evolución. Asimismo, también estudia los rasgos de identidad y los problemas que ya surgieron en aquella época con respecto a las ciudades, sobre todo el del deterioro, que en aquel entonces todavía era de fácil remedio debido a la «dimensión, abarcable y atendible» de los centros urbanos.

El catedrático de Historia de Arte, George Kubler, en «El urbanismo colonial iberoamericano, 1600-1820», hace hincapié en un tema ya señalado en cierta medida por Solano: el de la variedad urbana en Iberoamérica. Pero aquí el tratamiento va a ser algo diferente, pues el autor atenderá a rasgos predominantemente artísticos. Y al igual que en el anterior artículo, también se van a analizar los elementos que uniformizan a las ciudades iberoamericanas con respecto a las de otros continentes, así

como algunos problemas importantes que repercuten sobre el urbanismo y el arte (la marginación racial, la «cultura de la pobreza», etc.) y que nos pueden ayudar a comprender las actuales cuestiones de interés referentes a las ciudades.

El artículo de Pedro Vives, «El ámbito del Imperio en la ciudad colonial: ¿Una función desestructuradora?», plantea quizá uno de los problemas más importantes que surgieron durante la época colonial y cuyas repercusiones van a llegar hasta la actualidad. Se refiere a la dicotomía funcional que se produce en las ciudades coloniales al enfrentarse dos tipos de intereses contrapuestos: los de la metrópoli y los de los criollos. Así, el centro de la ciudad era el lugar representativo del poder de la metrópoli, por lo que no era nada atractivo para las élites locales, que tendían a alejarse de él. A este enquistamiento del centro urbano se unía la diferenciación socio-racial de los asentamientos, que marcaba una jerarquización en las redes urbanas. Todo ello daba lugar a la desestructuración del centro urbano, que se dio fundamentalmente en el siglo XVIII y se acentuó durante el período de la independencia: la ciudad seguía expandiéndose al margen del casco urbano, que permanecía prácticamente aislado y marginado.

Por tanto, lo que está planteando Pedro Vives es que el abandono y deterioro de los centros históricos tienen su origen ya en la época colonial con la dislocación funcional que se produce en las ciudades.

Rolando Mellafe analiza a continuación, en «La desruralización de la ciudad hispanoamericana en el siglo XIX», los factores de cambio que se producen a finales del siglo pasado y que marcan el llamado proceso de modernización de las ciudades hispanoamericanas. Así, analiza las transformaciones económicas, demográficas y sociales que marcan el inicio de una nueva estructuración de las ciudades y de nuevas relaciones sociales que caracterizan a las grandes urbes del siglo XX.

Con el trabajo de Jorge Enrique Hardoy, «Notas sobre las causas del abandono de los centros históricos de América Latina», se inicia el análisis de la situación actual iberoamericana. En él se estudian las consecuencias del proceso de urbanización sobre los centros históricos: el hacinamiento, la marginación, el traslado de los centros de poder hacia la periferia, son los problemas principales que se abordan en este artículo. Y junto a ello, se analizan las responsabilidades de los municipios en este fenómeno, en cuanto que carecen de una legislación protectora del centro histórico. A raíz de esto se subraya la necesidad de recuperar esta importante parte de la ciudad teniendo en cuenta no sólo los aspectos artísticos sino también los sociales: la recuperación de estos barrios céntricos debe hacerse con la gente que los habita, teniendo en cuenta sus costumbres, su economía y su forma de vida.

En «La presión social y económica sobre los centros de las ciudades iberoamericanas actuales» María Luisa Cerrillos hace un resumen de los

fenómenos generadores de cambio en las ciudades, tanto en lo que se refiere a su apariencia, como a las nuevas edificaciones y a las funciones. En función de esto analiza las líneas básicas del proceso de cambio (aspectos sociales y aspectos físicos) y los problemas que surgen, sobre todo en el centro histórico: deterioro de los edificios, «tugurización», degradación de las condiciones de vida...

Y, al igual que Hardoy, hace hincapié en la necesidad de llevar a cabo una política adecuada para recuperar de verdad los centros históricos: para ello es fundamental no verlos sólo como meros «escenarios teatrales» (artísticos) sino como verdaderos centros de vida de un determinado tipo de población con unos problemas muy concretos. Sólo enfrentándose al problema en su más amplia dimensión se podrá evitar el abandono y el deterioro de los centros urbanos.

Graziano Gasparini, en «Centros históricos, patrimonio construido, recuperación y estética urbana», hace un estudio de los principales factores que han determinado la degradación de los centros históricos desde el punto de vista del arte, aunque sin olvidar otros elementos de la realidad de igual importancia: la falta de una política coherente, la confusión en los criterios remodeladores de los centros históricos, el provincialismo existente en materia artística y el problema del modernismo, son los principales fenómenos descritos por este catedrático de Historia de la Arquitectura.

Y todo ello le lleva a la conclusión de la obligación de tomar medidas serias para garantizar el centro urbano de las ciudades. Para ello hay que verlo con nuevos ojos, como una verdadera parte orgánica de la ciudad que tiene una vida autónoma y específica; sólo poniendo de verdad la vista en el futuro y haciendo una política coherente con la realidad se podrán salvar las ciudades.

En el siguiente artículo nos encontramos con un caso concreto que sirve de ejemplo a todos los problemas planteados en los anteriores trabajos. «Bahía, hacia la recuperación de un centro histórico subdesarrollado», de Paulo de Azevedo, pone de relieve todas las cuestiones ya suscitadas sobre hiperurbanización, descentralización de las funciones urbanas y ocupación del centro por una población desempleada y marginal, plasmadas en la ciudad de Salvador de Bahía de Todos los Santos. Analizando todos estos problemas, así como el fracaso del intento de rehabilitación del centro urbano en función del turismo (que no hizo sino marginar más todavía a la población, y contribuir a la pérdida de personalidad de los centros históricos), Azevedo hace también un llamamiento a todos los sectores de la población para que se recupere el centro urbano. La única forma de hacerlo es mediante el replanteamiento de su papel a nivel metropolitano, sin perder de vista los aspectos sociales y económicos: no sólo hay que rehabilitar los edificios, sino también a la población que los habita (población marginal desde todos los puntos de vista).

Por último, se incluye en el libro un artículo de María di Loreto y Jorge Enrique Hardoy sobre «Barrios periféricos y chabolismo en América Latina: perspectivas y soluciones», que analiza el proceso de urbanización y de formación de barrios marginales en América Latina —origen, características y principales problemas que surgen—. En este artículo, además de subrayar la necesidad de poner fin al deterioro, se dan una serie de propuestas alternativas de viviendas, edificaciones, etc., como posibles soluciones a un plazo más o menos corto.

En definitiva, vemos cómo la mayoría de los artículos plantean más o menos los mismos problemas; unos, haciendo hincapié en los fenómenos artísticos y urbanísticos; otros, en cuestiones sociales y económicas. Pero, en última instancia, todos llegan a la misma conclusión: es menester poner fin con prontitud al deterioro de los centros urbanos (y de los barrios marginales en general) mediante una política adecuada y coherente que tenga en cuenta todos los aspectos que dan vida a estos barrios.

En este sentido el libro tiene un gran interés. Sociólogos, historiadores y arquitectos de España y América se han unido para manifestar un problema que es de interés común y cuya solución nos atañe a todos. Por tanto, a parte del valor como obra de análisis histórico que analiza el proceso de urbanización en el pasado, nos encontramos ante un conjunto de artículos que plantean temas palpitantes y de una gran actualidad, y ante los que se hace necesaria una solución lo más rápida posible. Si bien quizá se echa de menos una mayor profundización en temas como las medidas de rehabilitación que se han tomado hasta ahora o la visión de los actuales gobiernos de Iberoamérica con respecto a estos problemas —cuestiones cuyo desarrollo implicaría una nueva obra—, no cabe duda de que el planteamiento del trabajo tiene un gran interés, pues pone de relieve esos problemas que afectan a toda la comunidad en general.

Creo que la mejor forma de terminar con este comentario crítico del libro es aludiendo a una frase de Francisco de Solano, que recoge todo el espíritu de la obra y la inquietud que subyace en todos sus colaboradores:

«Si no se cuida el presente de los núcleos urbanos su mañana no está garantizado».

Helena VARELA GUINOT



La revolución cubana 25 años después

S. Thomas HUGH y otros
Madrid, 1985

Este informe está elaborado por un grupo de dieciocho expertos en el desarrollo político, económico, cultural y social de Cuba desde 1959. El estudio se realizó bajo la orientación de Lord Thomas Hugh, director del Proyecto de Cuba de Estudios Estratégicos e Internacionales de la Universidad de Georgetown (C.S.I.S.)

La finalidad de la obra es analizar la situación de Cuba tras los 25 años que han transcurrido bajo el régimen de Fidel Castro.

La conclusión a la que llegan tras estudiar todos los sectores de la realidad de este país, es que bajo este régimen, Cuba no ha progresado en ningún sector: su economía permanece estancada, la igualdad social que se prometía se ha realizado mediante la redistribución de los recursos ya existentes y no creando nuevas riquezas, se contentan con mantener sus recursos anquilosados.

El equipo que ha realizado este informe, resalta puntos claves que aportan puntos claves para entender la revolución cubana y sus consecuencias en toda su extensión.

En el plano político, Fidel Castro, para lograr el poder político, utilizó una doble maniobra basada en el engaño. En el plano internacional, recurrió a la táctica de mantener óptimas relaciones con EE.UU., era un vecino poderoso y demasiado próximo, la diplomacia debía ir por cauce de buen entendimiento. Para EE.UU., en un primer momento, las tensiones que mantuvo Castro con el P.S.P. —Partido Socialista Popular—, le convencieron de que sus intenciones estaban bien lejos de seguir las pautas comunistas. Estas percepciones norteamericanas pronto cambiaron de signo al observar cómo la maniobra castrista comenzó enseguida a funcionar desarrollando una propaganda antinorteamericana que se utiliza como recurso para movilizar a las masas. En el ámbito interno, se basó en el espíritu nacionalista que latía entre la población, en la pérdida de

apoyo social que Batista obtuvo al derrocar al gobierno electo democráticamente en 1952 y en las promesas que realizó para crear una sociedad democrática y pluralista, como afirmaba la Constitución de 1940, tales deseos nunca se plasmaron en la realidad.

En 1 de enero de 1959 Fidel Castro asume el poder, da vigor a la Constitución de 1940, pero la despoja de todo elemento democrático, ya que da el poder constitucional al Consejo de Ministros y el poder judicial pasa a estar ejercido por tribunales revolucionarios. A partir de estas decisiones emanadas del poder, se comienza a actuar de la misma forma antidemocrática a todos los niveles de la sociedad.

Fidel Castro, a diferencia de cualquier líder revolucionario, nunca se declaró marxista-leninista, tal declaración sólo la hace cuando asume el poder; pero aún así, su gobierno se caracteriza por su ambición personal, ejerce un gobierno personalista que concentra todos los poderes en su persona, es más seguir una conducta de afirmación personal; más que seguir las pautas que le ofrece una ideología.

Siendo la estructura del P.C.C. —Partido Comunista Cubano— igual que la del partido ruso, se distinguen en que en Cuba su dirección no es independiente. Castro controla todos los poderes decisivos de la nación, es él el Primer Secretario del Partido (el segundo es su hermano Raúl). Pero como un poder tan fuerte no se puede mantener en la personalidad de un solo individuo, por mucho poder que tenga concentrado en sus manos, Fidel lo que hace es apoyarse en los militares y los profesionaliza, así convierte esta institución en un órgano poderoso equipado y entrenado vinculado al soviético ya que queda bajo su control.

Consolidado el poder en el interior, la meta es exportar la revolución, para tal fin, la política exterior se concentra en el envío de guerrillas cubanas en las zonas de tensión internacional —Nicaragua, Angola—. El motivo para seguir estas directrices es que con estas pautas su poder ante los demás países del bloque se refuerza; esta ambición personal le llevará también a supeditar las necesidades económicas internas a esa política exterior.

En el plano económico, las directrices que seguía la economía prerrevolucionaria se basaba en la producción azucarera como única fuente de ingresos; parte importante de esa producción se destinaba a cubrir la demanda del mercado norteamericano. Con la revolución, Cuba sigue siendo monocultivadora, pero para negociar con la U.R.S.S. y los países del C.O.M.E.C.O.N.

Al estar subordinada a un único mercado y dependiente de un único producto, su economía nunca llega a ser estable, ya que los períodos de prosperidad dependen de los precios mundiales, son totalmente vulnerables.

La solución para estabilizar la economía sería diversificar su producción; este intento fracasó porque no se disponía de técnicos especializa-

dos, y porque al darse los objetivos ya decididos, se coarta toda posible iniciativa privada, las metas son objetivos a cubrir, no se presta atención a la eficacia, así las metas se convierten en ilusorias.

Los índices de desempleo se tratan de paliar con soluciones superficiales: aumentar el tiempo de permanencia en la escuela, aumentar los efectivos del ejército, exportando tropas, aumentando la burocracia..., así se está en una economía de nivel cero, se evita gastar pero no se consigue producir, aumenta cada día la masa de población al servicio del régimen, pero cuya actividad es totalmente improductiva desde el punto de vista cuantitativo. El nivel de riqueza del país va retrocediendo respecto a las demás economías internacionales.

La inflación se tapa con una medida pasajera; controlando los precios, si éstos no se fijaran, la inflación aumentaría un 100 por 100. Para mantener esta economía estructurada sobre unos principios improductivos, se recurre a préstamos exteriores, al no poder pagar éstos en los plazos fijados, la deuda exterior aumenta en proporciones gigantescas, la U.R.S.S. a veces ayuda con subsidios y equipos libres de pago.

En el plano cultural, los deseos de los intelectuales por crear una conciencia nacionalista, se vieron sofocados por la postura antidemocrática que adoptó Fidel Castro: supresión de la libertad de expresión, exilios de demócratas y católicos...

La opción que Fidel Castro ofrecía era única, «con la revolución todo, contra la revolución nada»; ese es el límite de la libertad. En la esfera internacional pronto aparecieron duras críticas ante esa postura que atenta contra los derechos humanos, pero nunca se les escucha.

Todo el programa cultural y de educación se centra en formar individuos fieles al régimen, sin voluntad propia, que sepan sacrificar todo lo personal en favor del sistema comunista. Para conseguir esa meta, ya se parte de una educación superior elitista; sólo pueden acceder a ella los que están integrados en algún órgano comunista.

En el plano social, las mejoras logradas en el campo médico y en la alfabetización no son fruto del régimen actual, sino la consecuencia de la perfección técnica que ya existía antes de 1959.

La población vive totalmente controlada por el Comité de Defensa de la Revolución (C.D.R.), su misión es vigilar los signos de disidencia política, ideológica, económica... Para cortar con la pasividad de la población, se entregan certificados por participar en ellos, que luego se exigen para solicitar empleo, vivienda, matrícula escolar...

El servicio militar dura tres años, ello explica por qué Cuba tiene el segundo ejército más numeroso de América Latina. Es una sociedad que sirve al régimen comunista en la medida en que se militariza.

Este trabajo tiene como primer aspecto original, el oportunismo en que se estudia. A los veinticinco años de producirse la revolución cubana,

el trabajo que estoy analizando viene a ofrecer un estudio conciso, claro y completo de la realidad cubana.

La dificultad para elaborar un trabajo así, no es complicado en cualquier otra situación, pero tratándose de un país de ideología comunista, la dificultad radica en la falta de información verídica que se ofrece. Este trabajo salva esta dificultad porque es un trabajo en equipo, realizado por gente muy competente, que aporta datos estadísticos, tablas de rendimiento de la producción...

El significado principal de la obra es mostrar la realidad cubana a un público que la desconoce: ¿Cuáles son los móviles para que Fidel Castro lograra el poder? ¿En qué se sustenta su omnímodo poder? Los resultados que arroja este estudio es que las promesas de reforma democrática de 1959, se convirtieron en una dictadura marxista-leninista, esta ideología es la que justifica la militarización de la sociedad.

La estrategia de control del poder está analizada perfectamente: las instituciones son las que tienen el poder, el Partido controla al Estado, el Secretario primero es Fidel Castro, es su poder personal el que gobierna todo.

Esa centralización del poder dificulta alcanzar las metas económicas, ya que para lograr éstas se exige diversificar la economía, pero esto implicaría la creación de un poder de decisión a nivel local que encauzara las necesidades de contratación y despido, cuotas de producción, pero esto es incompatible e inaceptable para el poder central. Toda la economía está subordinada a las necesidades políticas.

Las perspectivas que da para el futuro esta obra son esperanzadoras, pues se atreven a predecir que la nueva generación de tecnócratas, al diferir de las pequeñas élites guerrilleras que están alrededor de Fidel, desde los años 60, tienen un mejor preparación técnica y menor mentalidad guerrillera, por tanto tienen condiciones para alterar la escala de valores, prioridad económica por encima de la política.

La cultura cubana revolucionaria presenta un bagaje de escaso valor, toda ella es uniforme, un canto a la revolución; esa monotonía la convierte en algo pobre, es como un cuadro en donde todo fuera color, le faltaría el contraste de la sombra, ese otro factor que da realce a la obra pictórica. En Cuba las obras que muestran esa otra cara de la moneda son ignoradas y recludas al silencio de la ignorancia.

La represión política a la que se ve sometida la población no es como medida para alcanzar el progreso socioeconómico; sino que es para asegurar el poder de Fidel Castro, una vez más vuelve a confirmarse la tesis.

Como resumen de la obra del equipo que la elaboró hace una síntesis que a mi modo de ver es otro punto de originalidad: es la demostración que el comunismo cubano es diferente a los demás por su origen, ya que se introdujo en Cuba por el atractivo personal de Fidel Castro, sus dotes

de persuasión ante la opinión pública; era un revolucionario que quería reformas, no era un líder marxista.

Su opción por la ideología marxista responde a la necesidad que tuvo de justificar su dictadura, es un instrumento con el que gobernar, no es una convicción personal.

El poder totalizador de Fidel contrasta con el ejercido en Rusia, la pionera de todo el sistema comunista; el poder es ejercido para una oligarquía, en Cuba no, pero la U.R.S.S. le apoya por actuar según las normas comunistas y por estar tan cercana a su principal enemiga: EE.UU.

Lo primero que me gustaría destacar de esta obra es la imparcialidad que se da en su tratamiento, los autores son norteamericanos y con principios contrarios al régimen castrista, pero en ningún momento de la obra se dejan llevar por ímpetus o por intereses particulares.

Al acudir a fuentes estadísticas, testimonio de intelectuales de prestigio..., está siguiendo una metodología propia de un trabajo científico, no hace política panfletaria.

Se afirma que Castro utiliza la ideología marxista como instrumento de justificación más que como principio fundamental de su pensamiento; *creo que esto sería aceptable para un primer momento, mas al cabo de 25 años creo que resulta ingenuo poder pensar que alguien actúa siguiendo unas pautas de actuación de las que no está convencido.* Fidel Castro actualmente sigue pautas marxistas, pero porque está imbuido de esos principios, es satélite estratégico del plan de U.R.S.S.; pensar que lo hace sólo por lograr beneficios económicos es irreal. El conocido adagio que afirma: «si uno no actúa como piensa, acaba pensando como actúa».

Elena FERNÁNDEZ MONTES

La formación del Estado argentino.

Oscar OSZLAK

Buenos Aires, Editorial de Belgrado, 1982, 270 págs.

Este estudio intenta llenar un vacío en la historiografía argentina: el que se refiere a la constitución del Estado nacional, rescatando ese proceso formativo de lo puramente descriptivo, del supuesto encadenamiento de circunstancias fortuitas, o del desmesurado protagonismo de próceres creadores de la nacionalidad.

El libro recoge varios ensayos que se ordenan para ofrecer una visión sistemática del proceso de formación del Estado en Argentina: desde el punto de vista político, en la constitución misma del Estado; y tomando luego como mira las bases económicas que hicieron viable ese proyecto, se caracteriza en qué consiste su «estaticidad» y se intenta establecer la participación del propio Estado en el desarrollo económico, y en la estructuración de clases dentro de un marco capitalista.

El estudio incluye un primer apartado que sitúa conceptualmente el asunto y lo inserta dentro del proceso general de formación de los estados nacionales latinoamericanos. El capítulo de cierre abre interrogantes sobre los factores que hicieron posible la constitución de un Estado argentino, su impacto en la sociedad y las diferencias de la experiencia argentina respecto al modelo «clásico» de las nacionalidades europeas.

Los límites cronológicos del trabajo van desde la emancipación a la primera década del siglo XX, pero se centra especialmente en el período 1862-1890. Es decir, desde que se forma con ciertas posibilidades de viabilidad una organización realmente nacional, consolidada en medio del espectacular crecimiento económico, hasta la primera crisis social de cierta gravedad en 1890, que pone de relieve las fallas en que está basado ese estado y su sistema de financiamiento.

La interpretación predomina sobre el mero relato histórico, y el autor sabe sacar partido de los datos contenidos en las memorias ministeriales

y los mensajes oficiales, que, inteligentemente incluidos en el análisis, permiten apreciar la solidez del estudio.

El primer capítulo, «Lineamientos conceptuales e históricos» (pp. 13-35), diferencia los conceptos de «estado», «nación» y «estado nacional», el último de los cuales es el objeto del estudio. Pasa a anticipar las características estrechez extractiva de los Estados latinoamericanos, sólo viables gracias a su subordinación a los centros de la economía capitalista mundial, y atados así a una doble dependencia: del financiamiento exterior (que está en relación a la capacidad exportadora del país), y de unos recursos que basados principalmente en las imposiciones aduaneras, se ven expuestos a las contracciones del mercado mundial. En este marco de dependencia se inscribiría también el caso argentino.

Por otro lado, se adelanta la hipótesis, luego desarrollada, de que el Estado nacional fue a la vez determinante y consecuencia de la expansión del capitalismo iniciado con la internacionalización de las economías latinoamericanas, ya que habría participado creando las condiciones, facilitando recursos y promoviendo los agentes sociales que anudaron esa inserción en el capitalismo mundial; a la vez que en consecuencia, el Estado imponía su control y autoridad y conformaba los atributos de su «estabilidad».

El capítulo se cierra con un esquema de los aspectos de ese proceso que se pasan a analizar a continuación.

«La organización nacional y la construcción del estado» (pp. 37-86), expone las dificultades que impidieron la creación de un Estado nacional en Argentina durante toda la primera mitad del siglo XIX, desde la revolución de mayo a la caída de Rosas, y aun después, en el decenio de la Confederación, ya entre 1852 y 1862, cuando a pesar de haberse redactado la Constitución de 1853 y existir un protoestado, la segregación de la Provincia porteña y sus recursos aduaneros —los únicos que podían garantizar la efectividad del Estado— hacía ficticia la organización nacional.

La emancipación desde 1810 habría dejado un vacío de legitimidad que llenaron localmente, por el peso de intereses y coacciones, caudillos autocráticos provinciales opuestos al proyecto republicano de organización social surgido en la provincia de Buenos Aires, la única que creó un modelo de estado por ser también la única que podía contar con los recursos necesarios. Los enfrentamientos entre Buenos Aires y las provincias se soslayan en la etapa rosista, que mantiene la autonomía de éstas y la privilegiada situación de aquélla a cambio de renunciar a una organización nacional. Tras la derrota de Rosas, los intentos de Urquiza de crear el Estado nacional tropiezan con la segregación de Buenos Aires y la consecuente falta de recursos aduaneros, que se limitan a los extraídos en la provincia de Entre Ríos. Con todo, los acuerdos interprovinciales de la Confederación promovieron un sistema institucional que anunciaba la efectiva unidad nacional.

Con la incorporación de Buenos Aires a la confederación desde 1862, esa unidad empezó a hacerse efectiva. «La conquista del orden y la institucionalización del estado» (pp. 87-169), trata de esta primera fase de formación, en la etapa 1862-1876, la de los gobiernos de Mitre, Sarmiento y Avellaneda. Es el capítulo central del trabajo, y el que analizan en profundidad ese período crítico en el cual cuaja el Estado.

El Estado se apropia y crea ámbitos de actuación ya delineados por la Constitución de 1853. Se crea un ejército nacional que desplaza a las guardias nacionales de las provincias y se convierte en brazo ejecutor de la dominación del estado. Se organiza un aparato recaudador de extensión nacional que sustituye a las estrechas finanzas provinciales. Se toma a su cargo la emisión de moneda, la codificación de la justicia y su administración en última instancia; se regularizan los servicios de comunicación y realizan obras de infraestructura (ferrocarriles), a la vez que el Estado impulsa la inmigración, la colonización de nuevas tierras y la actividad bancaria.

Pero la interesante aportación interpretativa del análisis está en la perceptiva identificación de las formas de penetración del Estado en la sociedad hasta consolidarse e institucionalizarse. El Estado tiene tres modos de afirmar su penetración: represiva, cooptativa material, basadas estas modalidades en un «pacto de dominación» que amplía la base social de intereses y vinculaciones de la oligarquía porteña a las oligarquías provinciales, lo que permite la necesaria diferenciación del Estado de su matriz bonaerense y su institucionalización en verdadera instancia nacional, si bien sesgada hacia los intereses porteños, de los que surge.

La penetración represiva se realiza a partir de la organización de un ejército nacional ya dependiente del Estado, que obedece a las directrices de una clase dominante ampliada al conjunto de la nación. El agitado período inicial, de revueltas repetidas, demuestra la efectividad con que el nuevo Estado supo imponer su autoridad y ahogar las resistencias a su penetración. En este sentido tiene una gran significación el recurso a las intervenciones de las provincias que contradecían las directrices estatales, dentro de este proceso de imposición por la fuerza del Estado.

La penetración cooptativa consistió en ampliar las bases territoriales y sociales del Estado a través de un «pacto de dominación» con las burguesías provinciales, incluidas en el Estado por medio de la concesión de cargos públicos (funcionariado, maestros, militares, poder judicial, etc.), de las subvenciones estatales a las provincias, y de la propia intervención de provincias, que sometían a la dirección política estatal al conjunto del país.

La penetración material se realizó a través de su presencia en las actividades productivas. El Estado se convierte en un articulador social y en factor preponderante en la creación de oportunidades, la generación de intereses y la satisfacción de necesidades que afectan a regiones, sectores

económicos y grupos sociales cada vez más amplios. La actividad estatal, además de servir para unir piezas sueltas de una sociedad nacional en formación, estableció un vínculo efectivo entre la sociedad y el Estado mismo, lo que afirmó su legitimidad y viabilidad institucional.

A consecuencia de estos avances en la penetración social, el Estado se institucionalizó. Es decir, creó un conjunto de instituciones públicas diferenciadas de la sociedad civil, con cierto grado de profesionalización de sus funcionarios y con un control centralizado sobre sus actividades. En los veinte años siguientes, entre 1862 y 1880, ese inicial y precario Estado se ha convertido en núcleo que articula la sociedad y la economía, que ha producido una nueva división social del trabajo, y que ha variado la relación nación-provincias al convertirse en verdaderamente nacional e independiente de sus orígenes porteños. Por otra parte, la falta de una tradición colonial (al contrario que en México, Perú y Brasil), hizo que se recurriera a modelos institucionales: constitución americana, prácticas presupuestarias francesas, y organización administrativa y comercial inglesas.

Este análisis fundamentalmente político de los apartados II y III, se amplía desde el punto de vista económico en «El costo del progreso y la reproducción del estado» (pp. 171-239), especialmente en el examen de las fuentes de extracción de recursos del Estado. El período de observación se amplía: de los orígenes de la nación, al comienzo de la crisis actual, es decir, desde 1810 a la I Guerra Mundial.

Contra lo que se ha venido suponiendo, el Estado argentino habría jugado un papel clave en la construcción del capitalismo argentino, a juzgar por el superior crecimiento del gasto público con respecto al crecimiento de las exportaciones. Para demostrarlo, se estudia la evolución de la financiación en varias etapas: desde 1810 a 1852; de 1852 a 1862; de 1862 a 1873; de 1873 a 1880 y de 1880 a 1890. Se recalca la dependencia de los ingresos estatales de las imposiciones aduaneras y de los financiamientos extraordinarios (empréstitos en el exterior).

Resultado de un «pacto de dominación», el Estado habría evitado gravar las exportaciones y la acumulación de capitales del sector agro-exportador y las importaciones suntuarias del grupo oligárquico, en tanto se centraba en extraer recursos de las importaciones de consumo popular, con la consecuente sobregravación soportada por los sectores sociales más desfavorecidos, que terminaría planteando a partir de 1890 un problema social, reforzado por la inmigración y la incipiente industrialización. Por otro lado, la dependencia financiera del comercio exterior se acentuó con el recurso a la financiación extraordinaria, que fue posible mientras el ritmo de crecimiento económico fue grande (entre 1880 y 1910), pero que acabaría quebrado cuando desde 1910 ese ritmo se estanca o decae. Sólo después de la depresión de 1929, tímidamente, se recurre a los impuestos directos sobre la renta.

«¿Azar, lógica o voluntad?» es una especie de epílogo que plantea cuestiones nuevas acerca del objeto del trabajo, como a qué fuerza respondió la creación del Estado argentino; qué factores intervinieron para que la integración nacional fuera posible, qué papel jugó el Estado en la formación de la estructura de clases, y cuál fue su verdadera relación con la clase dominante (pp. 241-256).

El trabajo incluye un apéndice (pp. 257-267) con cuadros estadísticos que completan la información sobre el papel del Estado en el desarrollo económico, y sus recursos prioridades.

Sin duda, el estudio toca un aspecto poco tratado en la historiografía argentina y latinoamericana. La principal virtud del autor consiste en mostrar las implicaciones sociales y económicas del proceso de formación del Estado. Pero además, su análisis cuestiona las bases de ese Estado, su viabilidad en la situación actual.

A pesar de su evidente densidad, aporta una interpretación muy útil del proceso político argentino en el siglo XIX, y de sus conexiones con la evolución económica. La capacidad interpretativa del autor clarifica aspectos de esa historia no siempre accesibles, perdidos en la maraña del relato meramente político.

Por último, plantea cuestiones muy sugerentes acerca de los orígenes de las nacionalidades y la viabilidad en la hora actual de los Estados cuando se cuente con interpretaciones paralelas a las que ofrece este libro.

Carlos Javier CARNICER GARCÍA